

POR QUÉ ES IMPORTANTE ORWELL

CHRISTOPHER HITCHENS

**POR QUÉ ES IMPORTANTE
ORWELL**

Traducción de
Luis González Castro

PÁGINA INDÓMITA

Título original: *Why Orwell Matters*

© Christopher Hitchens, 2002,
publicado bajo acuerdo con Baror International, Inc.
© de la traducción, Luis González Castro
© de la presente edición, PÁGINA INDÓMITA, S.L.U.
Providencia 114 bis, 4º 4ª. 08024 Barcelona
www.paginaindomita.com

Diseño de cubierta y composición: Ángel Uzkiano
Impresión y encuadernación: Romanyà Valls
Primera edición: abril de 2016

Todos los derechos reservados

ISBN: 978-84-944816-0-4
Depósito legal: C-316-2016

*Dedicado, con permiso, a Robert Conquest, prematuro
antifascista, prematuro antiestalinista, mentor, poeta
y fundador del «frente unido contra las sandeces»*

Pero el genio, e incluso el gran talento, no se deben tanto a las semillas del refinamiento social y el intelecto superiores a los de las otras personas como a la facultad de transformarlos y transponerlos. Para calentar un líquido con una lámpara eléctrica no se requiere la lámpara más fuerte, sino una en la que la corriente pueda dejar de iluminar, pueda desviarse para dar calor en lugar de luz. Para remontar los cielos no se necesita el más poderoso de los motores, sino uno que, en vez de continuar su trayecto por la superficie de la tierra, corte con una línea vertical la horizontal que comenzó siguiendo y sea capaz de convertir su velocidad en fuerza de elevación. Del mismo modo, los hombres que producen obras geniales no son aquellos que viven en el más delicado de los ambientes, cuya conversación es la más brillante o su cultura la más extensa, sino aquellos que, cesando repentinamente de vivir solo para sí mismos, han tenido la capacidad de transformar su personalidad en una suerte de espejo, de tal manera que su vida, por muy mediocre que pueda ser en el terreno social y, en cierto sentido, en el intelectual, se vea reflejada en dicho espejo, puesto que el genio consiste en la capacidad de reflexión y no en la calidad intrínseca de la escena reflejada.

MARCEL PROUST, *A la sombra de las muchachas en flor*

ÍNDICE

Agradecimientos	13
Introducción: la figura	15
1. Orwell y el Imperio	29
2. Orwell y la izquierda	51
3. Orwell y la derecha	99
4. Orwell y América	125
5. Orwell y el «carácter inglés»: las antinomias de san Jorge	137
6. Orwell y las feministas: problemas con las mujeres	165
7. «La lista»	181
8. Generosidad e indignación: las novelas	199

9. Deconstruyendo a los posmodernistas: Orwell y la transparencia	221
En conclusión	235
Índice onomástico	243

AGRADECIMIENTOS

Quisiera mostrar mi agradecimiento, en primer lugar, al reverendo Peter Collingwood, mi viejo profesor de literatura inglesa, quien fue el primero que me hizo leer *Rebelión en la granja*, y quien más tarde me permitió enseñarle, fuera de clase y como una comparación con *El cero y el infinito*, el primer ensayo decente que escribí.

El difunto Claud Cockburn, uno de los hombres más generosos y encantadores que jamás he conocido, me mostró la visión antiorwelliana de la Guerra Civil española y otras cuestiones cuando yo tenía veinte años, y con mucha paciencia me enseñó, más de lo que él probablemente creía, el arte de la argumentación y la dialéctica. Estas páginas son una muestra de aprecio y un abuso de su inagotable hospitalidad.

El también difunto Pete Sedgwick —cuyo nombre todavía es un talismán entre los nobles vestigios de la izquierda libertaria— me ayudó a desarrollar las escasas habilidades con las que yo combatía a la escuela de Cockburn, y a reconocer, como un hilo de Ariadna, cierto *orwellianismo* en la escritura de nuestro tiempo.

Stephen Schwartz y Ronald Radosh me mostraron sus estudios de los archivos soviéticos sobre Orwell. Les

estoy infinitamente agradecido tanto a ellos como a sus colegas y coautores Mary Habeck y Víctor Alba. *Magna est veritas, et prevaelabit.*

Por último, el logro del profesor Peter Davison, al levantar su majestuoso edificio dedicado a las obras completas de Orwell, libres de censura, es algo más que un trabajo de edición hercúleo o un tributo boswelliano. Se trata de un proyecto en el que el amor y la objetividad se compenetran, y, por lo tanto, de un gran monumento a la figura de Orwell. Mi libro es uno de los primeros que se escriben bajo la plenitud de su sombra, a la que a partir de ahora deberán acogerse todos los trabajos que lo sucedan y superen.

CHRISTOPHER HITCHENS

Washington D. C., 4 de febrero de 2002

INTRODUCCIÓN: LA FIGURA

Los glaciares morales y mentales que se derriten lentamente
denotan la cálida influencia que él ejerció.

Gracias a que nos enseñó el significado de lo real,
el crudo invierno aferra a su presa con menos fuerza.

No todos agradecieron su ayuda, se entera uno,
pues cómo lo odiaron quienes se resguardaban
del frío mundo y de sus propias mentes aun más frías
en la comodidad de un rápido mito terapéutico.

Morimos a causa de las palabras. Como piedras angulares,
él recuperó a la persona real, los hechos y las cosas reales;
—Y así, ya no es la guerra, sino el sufrimiento,
el término que consideramos más aborrecible.

Compartió con un gran mundo, y con fines aun más grandes,
esa honestidad, una curiosa y astuta virtud
que solo compartes con los pocos que no te fallan.
Una docena de escritores, media docena de amigos.

Fue un genio moral. Y la búsqueda de la verdad conlleva
a veces una estupidez que nos causa desconfianza,
como la de Darwin cuando tocaba el fagot a las plantas;
También cometió errores, pero no afirmó tener alas.

Quienes ahogan la parte empírica de una verdad
en ditirambos o dogmas están poseídos por el frenesí;

pero él, quien era el menos poético de los escritores, nos dejó esta lección para todo verso, para todo arte.

ROBERT CONQUEST, «George Orwell» (1969)

Las estrofas precedentes fueron escritas en una época glacial, y se refieren a un periodo anterior de una frigididad casi polar: la «medianoche en el siglo»,¹ revisada desde la óptica de la Guerra Fría, con la perspectiva adicional de la posible llegada de un «invierno nuclear». Pero la frialdad inicial del poema es redimida de inmediato por un resplandor amable, y ese resplandor se renueva con el consecuente brillo de la amistad hasta que finalmente baña las últimas líneas con algo parecido al fuego.

Continúa abierta la cuestión de si la integridad y la honestidad son o no virtudes frías o calientes, y lo cierto es que Inglaterra puede ser un lugar demasiado frío y húmedo para hacer la pregunta. «La conciencia invernal de una generación» —frase extraída de las tibias páginas de V. S. Pritchett— fue el subtítulo que Jeffrey Meyers escogió para su biografía sobre Orwell, publicada en el año 2000. La obra del propio Orwell se ocupa en gran medida de los efectos desmoralizadores del punto de congelación, y no está exenta de la creencia ancestral en que una zambullida fría es algo bueno. Sin embargo, esta persona distante y sombría experimentó sus dos epifanías cruciales en los climas tórridos y sofocantes de Birmania y Cataluña, y, más tarde, su obra, introducida de forma clandestina en las

1. Alusión a la novela homónima de Victor Serge. (*N. del T.*)

Siberias del mundo, encendió una chispa que calentó los corazones de estremecidos polacos y ucranianos y ayudó a derretir el permafrost del estalinismo. La máxima «el corazón en llamas y el cerebro en hielo», de no haber sido pronunciada por Lenin, podría haber sido apropiada para Orwell, cuya pasión y cuya generosidad solo eran igualadas por su desapego y su carácter reservado.

Victor Pritchett, nombrado caballero por la reina, es uno de los muchos que situaron a Orwell entre los «santos», aunque como miembro secular de esa comunión. De modo que una vez más nos hallamos ante la frugalidad y el espectro del sacrificio, y no ante el escritor profano y humorístico que dijo —en alusión a Mahatma Gandhi— que a los santos siempre hay que considerarlos culpables hasta que se demuestre lo contrario. Hablando de otro celebrado y supuesto puritano —Cromwell—, Thomas Carlyle dijo que había tenido que sacarlo a rastras de debajo de un montón de viejos registros y vísceras antes de poder presentarlo como una figura digna de una biografía. Y aunque la presente no es una biografía, a veces tengo la sensación de que a George Orwell hay que rescatarlo de debajo de una pila de pastillas de sacarina y pañuelos humedecidos, de que es un objeto de veneración enfermiza y elogios exagerados y sentimentales, empleado para embrutecer a los niños en las escuelas con una rectitud y una pureza insufribles. Se diría que esa clase de tributos al estilo de Rochefoucauld son trucos de una conciencia intranquila, con los que el vicio pretende sobornar a la virtud. (Al fin y al cabo, Pritchett había atacado de forma mezquina los veraces y por tanto peligrosos partes de Orwell desde Barcelona, pues en 1938 había escrito que «hay mu-

chos argumentos sólidos para mantener a los escritores creativos fuera de la política, y el señor Orwell es uno de ellos».)

Hubo muchos «escritores creativos» de alto perfil político en el periodo que abarca desde *Sin blanca en París y Londres* (1933) hasta *1984* (1949). Si aceptamos limitarnos al mundo de habla inglesa, nos encontramos con George Bernard Shaw, H. G. Wells, J. B. Priestley y Ernest Hemingway como los más destacados. Y, por supuesto, también estaban los poetas: el grupo reunido bajo el jocoso apelativo de «MacSpaunday», que es la combinación de los nombres de Louis MacNeice, Stephen Spender, W. H. Auden y Cecil Day Lewis. (El término compuesto omite al mentor del grupo, Edward Upward, sobre quien Orwell también escribió.) Ahora bien, se puede afirmar con bastante seguridad que las declaraciones políticas de esos hombres no resistirían una reimpresión en la actualidad. Algunos de sus juicios eran estúpidos o siniestros; otros, sencillamente absurdos, crédulos o superficiales. Sin embargo, y en marcado contraste, se ha demostrado últimamente que es posible reimprimir todas las cartas, reseñas y ensayos compuestos por Orwell sin exponerlo al bochorno. (Existe una discutible excepción a este veredicto, y tengo intención de tratarla por separado.)

Decir que esos caballeros, y muchos otros que simplemente se dedicaban al periodismo, eran propensos a caer en el cebo y en las tentaciones del poder, mientras que Orwell no lo era, sería una simpleza. Pero es cierto que ellos podían esperar que su trabajo fuese impreso, mientras que Orwell jamás fue capaz de escribir nada con esa confianza en ser publicado. Por lo tanto, su vida como escritor

fue, en dos aspectos importantes, una lucha constante: en primer lugar, una lucha por los principios que él sostenía, y, en segundo, por el derecho a dar testimonio de ellos. Jamás quiso que se pensara que había diluido sus opiniones con la esperanza de ver su nombre difundido entre los lectores; esto, por sí mismo, es una pista de por qué Orwell todavía es importante.

De todos modos, la imagen del escritor que vive en una buhardilla esclavizado por su trabajo, y que considera que su fracaso es una señal de sus elevados principios, resulta excesivamente familiar, y Orwell se burló a fondo de ella en su novela *Que no muera la aspidistra*. La importancia de este autor para el siglo que acaba de terminar, y, por lo tanto, su estatus como figura en la historia y en la literatura, deriva de la extraordinaria relevancia de los temas que «abordó», temas a los que permaneció amarrado y jamás abandonó. El resultado es que hoy en día solemos utilizar el término *orwelliano* de dos modos: describimos una situación como *orwelliana* cuando queremos dar a entender la existencia de una tiranía aplastante, del miedo y el conformismo; y describimos una obra literaria como *orwelliana* para reconocer que la resistencia humana a esos terrores es irreprimible. No está nada mal para una vida tan corta.

Los tres grandes temas del siglo xx fueron el imperialismo, el fascismo y el estalinismo. Sostener que dichas *cuestiones* solo deben tener para nosotros un interés histórico resultaría trivial, ya que han definido por completo la forma y el tono de nuestra era. En su momento, la mayoría de quienes integraban la clase intelectual estaban fatalmente comprometidos con una u otra de esas estructu-

ras de inhumanidad creadas por el hombre; de hecho, algunos estaban comprometidos con más de una. Así, Bernard Shaw consiguió ser estúpidamente indulgente tanto con Stalin como con Mussolini. Y Sidney Webb, quien bajo el gobierno laborista de Ramsay MacDonald se convirtió en un ministro para las Colonias excepcionalmente represor y pomposo, fue por otro lado coautor, con su esposa Beatrice, del famoso volumen *Soviet Russia: A New Civilization?* (cuya reedición irónicamente perdió el interrogante justo a tiempo para coincidir con la Gran Purga).

Tal vez la decisión de Orwell de repudiar el imperialismo irreflexivo que había dado de comer a su familia (su padre era ejecutivo en el degradante comercio de opio entre la India británica y China) pueda ser presentada como edípica por aquellos críticos que prefieren esas vías de análisis. Sin embargo, el suyo fue un repudio completo y muy adelantado a su época. No solo estaba muy presente en uno de sus primeros artículos —sobre el modo en que las tarifas británicas causaban el subdesarrollo de Birmania, publicado en 1929 en el periódico francés *Le Progrés Civique*—, sino que también impregnó su verdadero primer libro, *Sin blanca en París y Londres*, y fue el trasfondo de su primera contribución al *New Writing* de John Lehmann. Orwell puede o no haberse sentido culpable por la fuente de ingresos de su familia, de hecho retrató a la propia Inglaterra como una familia en la que existe una conspiración de silencio respecto de sus finanzas, pero no cabe duda de que llegó a ver la explotación de las colonias como el sucio secreto de toda la ilustrada clase dirigente británica, tanto la política como la cultural. Esta perspicacia también le permitió darse cuenta de ciertos aspectos de lo

que Nietzsche había denominado la relación «amo-esclavo»; así, su ficción manifiesta continuamente el conocimiento de los terribles placeres y las tentaciones de la servidumbre, y muchas de sus escenas más vívidas habrían sido inconcebibles sin ese conocimiento. Nosotros, que vivimos bajo el cálido y arrogante resplandor del poscolonialismo y de la pedantería de los estudios poscoloniales, olvidamos a veces nuestra deuda con la pionera insistencia de Orwell.

Al mantener la fidelidad a aquello que había aprendido en su experiencia colonial, y a la forma en que lo había confirmado conviviendo con los siervos de las metrópolis (los oprimidos y marginados de París y Londres), Orwell estaba en mejor posición para opinar tanto visceral como intelectualmente sobre los imperios modernos del nazismo y el estalinismo. Entre muchas otras cosas, mostraba una ilustrada compasión por las víctimas, en especial por los miembros de otras razas, que era única; se había vuelto sensible a la hipocresía intelectual y estaba bien sintonizado para captar los ruidos invariablemente repulsivos que esta emite. En otros términos, ya en Asia se había convertido en un experto en detectar las excusas corruptas o eufemísticas con las que se pretendía justificar el poder inmerecido e ilimitado.

Resulta extraño que sus polémicas contra el fascismo no se encuentren entre lo mejor o lo más recordado de su trabajo. Se diría que dio por hecho que las *teorías* de Hitler, Mussolini y Franco destilaban lo más odioso y falso de la sociedad que él ya conocía: una suerte de satánica *summa* de arrogancia militar, solipsismo racista, matonismo de patio de colegio y codicia capitalista. Su particular perspi-

cacia le permitió detectar la frecuente connivencia de la Iglesia Católica Romana y de los intelectuales católicos con aquella orgía de crueldad y estupidez; de hecho, alude a dicha connivencia una y otra vez. Y conviene recordar que solo ahora, en el momento en que escribo esto, la Iglesia y sus apologetas comienzan a expiar sus culpas de aquel periodo.

Parece que Orwell, quien fue uno de los primeros voluntarios en España, consideraba axiomático que el fascismo significaba la guerra, y que había que unirse a la batalla con la mayor rapidez y la mayor determinación posibles. Pero fue en el frente español donde llegó al conocimiento del comunismo, y entonces comenzó un combate de diez años con los partidarios de esa doctrina, un combate que constituye, para la mayoría de nuestros contemporáneos, su legado moral e intelectual. Ahora bien, sin una comprensión del resto de las razones que lo impulsaron, ese legado se halla sin duda incompleto.

Lo primero que sorprende a cualquier estudioso de la obra y la vida de Orwell es su *independencia*. Tras soportar lo que suele denominarse una *convencional* educación inglesa (presuntamente convencional, porque en realidad la recibe un microscópico porcentaje de la población), no realizó el tradicional pasaje a una universidad medieval; y, tras elegir la alternativa a la misma, el servicio colonial, desertó repentinamente. De allí en adelante, se ganó la vida a su manera y jamás tuvo que llamar *amo* a ningún hombre. Nunca tuvo ingresos estables ni grandes perspectivas comerciales para sus escritos. Sin estar seguro de si era o no un novelista, contribuyó a la riqueza de la ficción británica, pero aprendió a centrarse en el ensayo.

De ese modo, se enfrentó a las distintas ortodoxias y despotismos de su época con poco más que una destartalada máquina de escribir y una personalidad tenaz.

El aspecto más interesante de su independencia es que esta tuvo que ser aprendida, adquirida, ganada. Las evidencias de su educación y sus instintos apuntan a que era conservador por naturaleza e incluso algo misántropo. Un notable crítico de su obra, Conor Cruise O'Brien, escribió en una ocasión que la fortaleza de Edmund Burke residía en sus conflictos internos:

Las contradicciones de Burke enriquecen su elocuencia, extienden el alcance de su posición, profundizan su *pathos*, elevan su fantasía y hacen posible su extraño atractivo para los «hombres de temperamento liberal». Siguiendo con esta interpretación, parte del secreto de su capacidad para penetrar los procesos de la Revolución [francesa] se deriva de una reprimida simpatía hacia la revolución, combinada con la percepción intuitiva de las posibilidades subversivas de la propaganda contrarrevolucionaria por lo que respecta al orden establecido en la tierra donde él nació... Para Burke, las fuerzas de la revolución y la contrarrevolución no solo existen en todo el mundo, sino también dentro de uno mismo.

Orwell, en cierta medida, representaría lo opuesto. Tuvo que vencer la desconfianza y el rechazo que le inspiraban los pobres, la repulsión hacia las masas «de color» desperdigadas por todo el imperio, su desconfianza hacia los judíos, su torpeza con las mujeres y su antiintelectualismo. Aprendió por su cuenta, tanto en el terreno teórico

como en el práctico, y, aunque algunos elementos de su aprendizaje resultaban más bien pedantes, se convirtió en un gran humanista. Solo uno de sus prejuicios heredados —el del escalofrío generado por la homosexualidad— parece haberse resistido a ese proceso de aprendizaje autodidacta; ahora bien, Orwell solía describir esa «perversión» como una desgracia o malformación causada por condiciones artificiales o crueles; su repugnancia iba dirigida al «pecado» y no al «pecador» —siempre y cuando recordase hacer esa falsa distinción—. (Existen algunos indicios de que una temprana experiencia desagradable en las *monacales* instituciones británicas pudo haber tenido algo que ver con su actitud posterior.)

Así pues, el Orwell que algunos consideran tan inglés como la carne asada y la cerveza caliente nace en Bengala y publica sus primeros artículos en francés. El Orwell a quien nunca le gustaron los escoceses ni el culto de Escocia establece su hogar en las Hébridas (aunque hay que reconocer que la zona estaba despoblada) y es uno de los pocos escritores de ese periodo que anticipa la fuerza potencial del nacionalismo escocés. El joven Orwell que solía fantasear con hundir una bayoneta en las entrañas de un sacerdote birmano se convierte en un defensor de la independencia de Birmania. El igualitario y socialista percibe simultáneamente la falacia de la propiedad estatal y la centralización. El enemigo del militarismo pasa a defender una guerra para la supervivencia nacional. El solitario y escrupuloso alumno de escuela privada acaba conviviendo con vagabundos y prostitutas y obligándose a sí mismo a soportar las chinches, los orinales y la prisión. Y lo extraordinario de esta *nostalgie de la boue* es que se caracteriza

por una cómica timidez y carece de cualquier tinte de abyección o mortificación religiosa. El opositor al patriotismo y a la poderosa cristiandad es uno de los mejores escritores de versos patrióticos y de la tradición litúrgica.

Esta tensión creativa, junto con una confianza en las propias convicciones ganada a pulso, dotó a Orwell de una clarividencia poco común, no solo en relación con los *ismos* —el imperialismo, el fascismo, el estalinismo— sino también con muchas de las cuestiones que nos preocupan hoy en día. Al releer sus obras completas y sumergirme en la gran cantidad de nuevo material recopilado por la labor ejemplar del profesor Peter Davison, me encontré ante la presencia de un escritor que sigue siendo claramente contemporáneo. He aquí algunas de las razones:

- Su trabajo sobre «la cuestión inglesa», y sobre las cuestiones relacionadas de los nacionalismos regionales y la integración europea.
- Su punto de vista sobre la importancia del lenguaje, que anticipó mucho de lo que ahora debatimos bajo la rúbrica de la cháchara psicológica, los discursos burocráticos y la «corrección política».
- Su interés en la cultura hierática o en la popular, y en lo que ahora se define como «estudios culturales».
- Su fascinación con el problema de la verdad objetiva o verificable: un asunto clave en el discurso que hoy en día nos ofrecen los teóricos posmodernos.
- Su influencia en la ficción posterior, incluida la narrativa del movimiento de los *jóvenes airados*.
- Su preocupación por el medioambiente y por lo que ahora se considera «verde» o «ecológico».

—Su aguda percepción de los peligros del «nuclearismo» y del Estado nuclear.

Se trata de una lista parcial, y existe una laguna sorprendente: su relativa indiferencia hacia el papel de los Estados Unidos como emergente cultura dominante. Sin embargo, incluso en este punto fue capaz de desarrollar algunas predicciones interesantes, y su obra encontró rápidamente un público entre los críticos y escritores estadounidense que valoraban la prosa inglesa y la honestidad política.² En ese grupo destacaba Lionel Trilling, quien hizo dos observaciones de gran perspicacia. En primer lugar, dijo que Orwell era un hombre modesto porque tenía muchos motivos para ello:

2. Algo que sigue ocurriendo en la actualidad. En los días inmediatamente posteriores al 11 de septiembre de 2001, cuando varios intelectuales y pseudointelectuales fingieron una especie de neutralidad entre las víctimas de Nueva York, Pensilvania y Washington y los fascistas teocráticos de Al Qaeda y los talibanes, un extracto del ensayo de Orwell *Notas sobre el nacionalismo*, publicado en 1945, tuvo una amplia difusión a través del correo electrónico: «La mayoría de los pacifistas pertenecen a oscuras sectas religiosas o simplemente son personas humanitarias que se oponen al homicidio y prefieren no seguir elaborando sus ideas más allá de ese punto. Sin embargo, existe una minoría de pacifistas intelectuales cuyos auténticos —aunque no reconocidos— motivos parecen ser el odio a la democracia occidental y la admiración del totalitarismo. La propaganda pacifista suele reducirse a sostener que un lado es tan malo como el otro, pero si uno analiza con mayor detenimiento los escritos de los pacifistas intelectuales más jóvenes, descubre que en ningún caso expresan una desaprobación imparcial, sino que están dirigidos casi en su totalidad contra Gran Bretaña y los Estados Unidos».

Si nos preguntamos qué representa su figura, la respuesta es: la virtud de no ser un genio, de enfrentarse al mundo armado con la mera inteligencia y con el desengaño asociado a la misma, así como con el respeto por la capacidad y el trabajo propios... Orwell no es un genio: ¡qué alivio!, puesto que nos anima a comprender que lo que él ha hecho podría hacerlo cualquiera de nosotros.

Esta observación resulta de vital importancia para comprender por qué Orwell sigue despertando el odio en algunos círculos. Con su vida y su escritura desmontó la excusa del «contexto histórico» y la sombría coartada de que, en determinadas circunstancias, la gente no puede hacer gran cosa. Esto da pie a la segunda reflexión del profesor Trilling, una bella especulación sobre la naturaleza de la integridad personal:

Orwell, con una especie de orgullo irónico y lúgubre, se aferraba a los viejos modales de la última clase que había dominado el antiguo orden. Seguramente en ocasiones se preguntaba cómo podía ser que él alabase el espíritu deportivo, la caballerosidad, el sentido de la obligación y la valentía física. Al parecer creyó, y es muy probable que estuviera en lo cierto, que esas características podrían ser útiles como virtudes revolucionarias...

«Afrontarlo — como dice de forma tan memorable el capitán MacWhirr en *Tifón*, de Joseph Conrad —, afrontarlo siempre, ese es el camino.»

«Yo sabía — comentó Orwell en 1946 con respecto a los primeros años de su juventud — que tenía destreza con

las palabras y el poder de afrontar los hechos desagradables». Nótese que no dice la habilidad, sino «el poder», de afrontarlos. Es una forma extrañamente acertada de expresarlo. Así, puede afirmarse que un comisario soviético que se da cuenta de que su plan quinquenal estaba equivocado, y de que la gente lo detesta o se ríe de él, se halla frente a un hecho desagradable. Lo mismo podría suponerse de un sacerdote cuya fe sufre una crisis. Esa clase de personas no suele reaccionar ante los hechos desagradables recurriendo a la autocrítica; no tiene «el poder de afrontarlos». Ante el descubrimiento, recurre a la evasión, redobla los esfuerzos para escapar de lo obvio. Orwell, por el contrario, afrontaba los «hechos desagradables» que ponían a prueba su propia posición y sus preferencias.

Aunque popularizó y dramatizó el concepto de la todopoderosa *telepantalla*, y durante años trabajó en la sección radiofónica de la BBC, murió demasiado pronto y en la miseria, antes de que la era de la austeridad diera paso a la era de las celebridades y los medios de comunicación masiva. No sabemos cómo sonaba su voz ni cómo se habría desenvuelto en un programa de televisión. Es probable que sea mejor así. Las fotografías nos muestran a alguien austero pero gracioso, con orgullo pero sin ningún tipo de vanidad. Pero en realidad sí conservamos su voz, y no parece que hayamos alcanzado un punto en el que podamos decir que ya no la necesitamos. Por lo que respecta a su «genio moral» —afirmación de Robert Conquest, en accidental oposición a la de Trilling—, este puede o no encontrarse en los detalles.